

BIBLIOGRAFÍA

su tiempo merecieron las críticas de Frege, Dedekin, Zermelo, Burali-Forti o posteriormente Russell. Por ejemplo, la paradoja del mayor número cardinal y ordinal que a su vez se remite a un conjunto potencia en sí mismo *innumerable* que se justifica por los procedimientos *finitistas* ya señalados, sin poderle considerar ya como un infinito actual, precisamente por no poder evitar la aparición de estas paradojas.

Carlos Ortiz de Landázuri

Díaz, Carlos: *Manifiesto para los humildes*, Centro de Estudios Pastorales, Arzobispado de Valencia, Valencia, 1993, 349 págs.

Manifiesto para los humildes es un libro de acción, un libro de ánima y esperanza que mantiene un grado de reflexión certera en torno al hombre desde la filosofía auténtica, la cercana a la vida, la más próxima a todos, pensamiento vivo y, por tanto solidario.

C. Díaz, autor de nuevos libros, conjuga estilos diversos en el desarrollo de esta su obra; por un lado, escribe según un modelo técnico y profesoral, profundo y, a veces, difícil, más académico; por otro lado, su estilo, sin ser menos profundo, está muy cercano a la ocurrencia, a la fluidez medida, precisa y recurrente. Aquí, en *Manifiesto para los humildes*, saca a relucir su arte para deslumbrar a los que tenemos algo de poder y, cegados, pedir ayuda primero y luego compartir. Cuán difícil es hablar del amor, de la solidaridad, de la generosidad, ¡de todo en uno! desde la filosofía, ayer ocupada en el hombre, hogaño en el individuo; por eso, entender al hombre como persona es remedio y prevención, ambición de una humanidad más justa, porque, ¿podrá sostenerse por mucho tiempo la condición en que se encuentra hoy el ser humano?

El esquema está muy claro: lo que degrada a la persona, perfectamente descrito y clarificado por el autor (*materialismo, capitalismo –Narciso* (héroe del capitalismo): el hombre fruto de su propio narcisismo, ególatra–, *egoísmo irracional, nihilismo, época creada de desmoralización y amoralidad*, etc.), y, frente a esta barbarie que ahoga al hombre, el autor mueve y gira la realidad con tal que veamos todo lo magnífico que el hombre puede hacer por ella. Así, las propuestas se suceden fluidas, brotan de un pensamiento salido de lo posible, comprobable desde siempre en la actitud vital de muchos que han gastado mucho tiempo en los demás que en ellos mismos, llenándose al final de algo que ¿quién podría definirlo?

Ha llegado, así, la hora de *rehacer el renacimiento, de civilizar la civilización* (en citadas palabras de E. Mounier), la hora de despertar

en el hombre su persona (identidad y apertura al otro), el momento de construir un mundo en donde, en palabras de A. Saint-Exupery: “No me basta con reconocer qué grano de trigo deseo para que él germine. Si yo quiero salvar a un tipo de ser humano debo salvar también los principios que le fundan”. Carlos Díaz, en la construcción de este propósito posible pone una gran piedra, aunque él sabe y dice que la casa hemos de construirla entre todos.

José Manuel Bautista

Diderot, D.: *Escritos sobre arte*, Siruela, Madrid, 1994, 200 págs.

En los últimos diez años, ha venido sucediéndose la publicación de algunas de las mejores fuentes de la estética ilustrada. A las traducciones de Adison, Hutcheson, Burke y *Los pensamientos sueltos sobre la pintura* de Diderot, se suma ahora la edición de una preciosista antología de textos estéticos de este último autor realizada por Siruela. Como la selección es pertinente, la traducción impecable y la presentación cuidadísima, el libro se hace leer.

Se han dividido los textos en dos grandes apartados. El primero, que recoge los referentes a la estética y a la filosofía del arte, se compone de las voces *Bello* y *Genio* escritas para la Enciclopedia, además del fragmento póstumo *Sobre el genio*. El segundo, que espiga los inscritos en crítica y teoría de las artes, incluye una antología de los *Salones* y una selección de ensayos y pensamientos breves.

No cabe recoger el tratamiento positivo de Diderot; pero interesa consignar la sorpresa ante la lectura llevada a cabo en el artículo *Bello* de la *Enciclopedia* –que recibiría después el título mucho más ajustado de *Investigaciones sobre el origen y la naturaleza de lo bello*– de la estética británica anterior al recoger y criticar los planteamientos de Hutcheson y Shaftesbury. No sólo por el cambio de orden al exponer al escocés antes que al inglés; ni siquiera exclusivamente por desvincular su estética de su ética, como si fuera posible comprender sus planteamientos en torno al sentido estético al margen de sus tesis sobre el sentido moral y, por tanto, de su oposición al calvinismo hobbesiano; sino fundamentalmente por su incomprensión de Shaftesbury, a quien endosa la postura –típicamente atribuida a Berkeley– según la cual el fundamento exclusivo de la belleza es la utilidad. Porque, aunque Diderot siga únicamente la *Investigación sobre la virtud y el mérito* que él mismo había traducido, y no aluda a *Los moralistas*, ni siquiera así cabe endilgarle semejante tesis manteniendo en consecuencia que “el sistema propuesto en el *Ensayo sobre el mérito y la virtud*, en el que se toma lo útil por el solo y único fundamento de lo bello, es más defectuoso todavía que ninguno de los precedentes” (p. 19). De he-